

La literatura española en la crítica peruana

Miguel Ángel Rodríguez Rea
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

En su discurso de incorporación a la Real Academia Española, hace unos años, en Madrid, Mario Vargas Llosa hizo una brillante exégesis de la prosa de Azorín, prosa que cambió el rostro de la literatura española. En este hecho el célebre novelista peruano rendía justo homenaje a un destacado representante de la Generación del 98, asimismo ponía en evidencia el interés que siempre ha despertado las letras hispánicas en la crítica peruana. Cabe anotar que Vargas Llosa no sólo es un gran narrador sino también uno de los críticos más sobresalientes de la lengua castellana.

En efecto, desde que en el siglo XVII peruano Espinosa Medrano, El Lunarejo, publicara su *Apologético en favor de Luis de Góngora*, y se convirtiera en uno de los pocos exégetas de la literatura española del Siglo de Oro en la América colonial, no ha cesado de escribirse sobre las letras hispánicas. Esta temprana inquisición en la lírica hispana, por ejemplo, muestra a un crítico tan genial como el autor defendido por él. Una apología que descubre a un lector perspicaz refundido en el Cuzco, en “el ombligo del mundo”. No sólo fue una defensa del poeta cordobés sino de toda la lengua castellana, del legado traído por los conquistadores. Lo admirable es que Espinosa era un escritor trilingüe: autor dramático en quechua, talentoso orador sagrado en castellano y autor de un libro de lógica en latín, cuya traducción se ha impreso hace unos pocos años. El brillo de su inteligencia no puede ser más notorio. Por lo tanto, su elogio y

defensa de Góngora es una pieza de crítica magistral, digna de cualquier crítico europeo.

Este luminoso arrebato de crítica a la más culta poesía española no se volverá a repetir en nuestras letras. Es posible explicar esta ausencia por el hecho de que a la literatura de la Península se la asimiló y se la tuvo como modelo para el desarrollo de nuestra tradición literaria. Tal vez el proceso de asentamiento de una lengua literaria extraña a la de la lengua aborígen sea una razón de esta carencia. La lengua castellana en nuestras tierras se volcará a teñirse de la nueva nación que trata de conciliar lo actual y lo ancestral, como lo prueba de manera inobjetable el Inca Garcilaso.

El siglo XVIII es un siglo que podemos calificar, con relación al impacto de la literatura de allende los mares, de relectura crítica de la tradición literaria europea. Decimos esto para oponernos resueltamente al vilipendio injusto del que han sido objeto los escritores coloniales. Ciertamente no negamos la total ausencia en ellos de arte y destreza literarias pero explicables por valores culturales que entonces condicionaban a la población, y a los hombres de letras en particular. Algunos fueron simples imitadores, sin aporte alguno, pero otros no tanto.

La nueva crítica hispanoamericana ha logrado discernir lo propio de lo ajeno de ese vórtice que es las letras coloniales. Es decir, los escritores revelan una gran dosis de sentido crítico, ya que en la ejecución de sus obras no les bastaba repetir fórmulas de éxito en el Viejo Mundo, sino que pusieron en tela de juicio muchas de estas fórmulas, como lo ha destacado de manera puntual el estudioso peruano Eduardo Hopkins Rodríguez en su tesis de maestría *Teoría y crítica literaria en Preliminares de textos coloniales peruanos. Siglos XVII y XVIII* (1998). Allí muestra la recepción crítica de la teoría literaria subyacente en las obras épicas, por ejemplo, las que el profesor Hopkins ilustra con detalle y ponderación. Debe entenderse que estas discrepancias no significaban un desconocimiento del valor de estas obras, se trataba simplemente de establecer una retórica ajustada a la nueva realidad que América imponía. Además, el escritor colonial va tomando conciencia del distanciamiento de las fuentes de origen de esta literatura. Nada es, pues, más natural en él, cuando ya es consciente de esto último, que escribir con libre albedrío respecto de las normas vigentes en Europa. Este proceso de re-

pensar la literatura española será vital para la asunción, siglos después, de una literatura nacional.

Debemos recordar aquí al maestro Pedro Henríquez Ureña, quien señala en sus *Siete ensayos en busca de nuestra expresión* que tenemos la necesidad de asumir las dos tradiciones culturales, la nativa y la europea, porque son hechos históricos irreversibles, de los cuales debemos extraer los mejores logros. Tener una actitud abierta, sin temor a perder ninguna identidad. Incluso la nueva filosofía de la historia hispanoamericana considera que la globalización —de la que tanto se habla y escribe— se inicia en esta parte del globo terrestre con la aventura colombina. De modo que nuestros escritores están globalizados desde hace cinco siglos. Nada más interesante que hurgar en el *humus* literario venido en pos de nuevas tierras de imaginación.

El siglo XIX es un siglo donde la lengua y la literatura española adquieren un estatuto de pleno reconocimiento. Es el siglo de los grandes autores que han desarrollado prácticamente una literatura personal y peculiar: Olavide, Melgar, Pardo, Segura, Palma, Matto de Turner y González Prada, entre otros. Los críticos también aparecen pero sin el brillo de los anteriores. Examinan minuciosamente las obras y los autores pero no hay páginas que hayan perdurado más allá de su circunstancia. Debe tenerse en cuenta que las luchas independentistas removieron todos los estratos de la sociedad y la cultura, y no era posible en estas condiciones concertar un juicio sereno de este legado.

Lo cierto es que los autores mencionados escribieron sobre literatura española antes que los críticos. Existió incluso un contacto muy estrecho con ellos: Olavide alternó con la élite cultural de la España de su época, Pardo y Aliaga estudió en España con Lista y Palma, cuando fue a España, era ya una institución viva, cuyo magisterio irradió desde Lima.

Aún así, los trabajos existentes son prueba de una actitud de madurez en cuanto a la búsqueda de una articulación entre nuestra literatura y la española, como lo prueba la tesis doctoral de Eleazar Boloña, *La literatura peruana del Coloniaje* (1891). Lo más notable como una visión de conjunto. No echa nuevas luces pero advierte una tradición que se inserta en la nuestra y que nosotros asumimos como propia. Como es posible verificar, la literatura colonial fue

escrita por quienes muchas veces jamás cruzaron el Atlántico, pero sintieron la lengua como un palpito natural, haciendo saltar de esa manera los márgenes que le ofrecían la retórica aristotélica y su estrecho mundo cotidiano. Salto logrado por lecturas de otras tradiciones literarias que fueron en beneficio de una lengua que, de haberse usado sin creatividad, se hubiese extinguido inexorablemente. Esta heterogeneidad —a la cual el desaparecido maestro sanmarquino Antonio Cornejo Polar ha dedicado páginas memorables— ha hecho de nuestra literatura una de las más perdurables por su permanente renovación semántica y simbólica.

Prueba de esto último es el caso de Manuel González Prada, por su inquebrantable fe en que la literatura en lengua castellana sobreviviría si abdicaba de su condición de literatura etnocéntrica. Él señalaba que la literatura española debía beber de otras fuentes para adquirir lozanía. No se equivocó este insobornable hombre cuyas ideas son de contundente vigencia.

El siglo XX resulta definitivo en la producción crítica sobre la literatura española. No puede dejarse de lado esta consideración en la medida en que los estudios literarios peruanos se organizan mejor y existe, qué duda cabe, una conciencia mucho más aguda, abierta e ilustrada. La literatura española compite con otras literaturas en el gusto del gran público como en el del especializado. ¿Hay todavía espacio en este siglo de grandes cambios para las letras de España? Claro que sí, pero con un grado de selección exigente. Una literatura que es leída en función de un mundo cambiante, donde todo se está rehaciendo, desde lo tecnológico hasta lo estético.

¿Es la literatura española el modelo de las nuevas generaciones de escritores? Siempre hay una polémica en torno a esto, en la medida en que todo se vuelve relativo. La lengua castellana es el vehículo no sólo para pensar y escribir como los autores de la Península, sino también para expresar el mundo ancestral que se vive en carne propia. La lengua literaria habrá de ser un instrumento capaz de hacer convivir, como en la lengua desgarrada de José María Arguedas, o en la vivaz y coloquial de Ciro Alegría, dos mundos antagónicos que se retroalimentan incesantemente.

La crítica sobre la cultura española enfrenta dos etapas. La primera la abre uno de los más importantes historiadores y críticos de la literatura peruana, José de la Riva-Agüero, quien en su tesis de ba-

chiller, *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905), establece de manera rotunda que nuestra literatura, desde la Conquista, es una "provincia de la literatura española". Juicio de un estudioso joven y apasionado. Un gesto noble de reivindicación de la cultura hispánica, pero que ya no tiene asidero en la realidad por cuanto el imaginario nacional había saltado todas las barreras que la literatura española traía consigo. Una declaración de guerra a quienes enjuiciaban torpemente la tradición peninsular. Riva-Agüero no es un crítico de ocasión, es un estudioso profundo, de una sagacidad crítica notable y de una erudición envidiable para su juventud.

Resulta ser una especie de conciencia de nuestra ligazón hispánica, ligazón de la que no podemos desasirnos, como decía Henríquez Ureña. Por lo tanto, hay que leer su obra teniendo en cuenta esta perspectiva. Debe decirse, en beneficio suyo, que su postura intransigente fue necesaria para poner al descubierto hasta qué punto la lengua castellana es parte indisoluble de nuestra personalidad cultural. Hay que juzgarlo a partir de su época, de su necesidad de instalar una capacidad de convivencia con la cultura prehispánica. Es un recurso legítimo para una clase social como la de él, la aristocrática, que necesitaba legitimar su posición en aras de una estratificación cultural y social definidas.

Así lo entendió José Carlos Mariátegui en sus *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), donde percibe un gesto político en esta defensa de la hispanidad. Nuevos vientos recorrían los fines de la década de 1920, cuando se escribe el juicio del Amauta. Ciertamente, la posición de Riva-Agüero da la impresión de estar fuera del marco cultural existente en el Perú, que se modernizaba por todos los lados. Riva-Agüero acepta este reto de ser considerado reaccionario y no conservador, en célebre frase suya.

La literatura española tiene una ruta que Riva-Agüero define como lineal, sin concesiones, apuntando hacia una España grande, con una lengua rebosante y con escritores que tienen en los clásicos sus mejores manes para la creación. Por eso su devoción por el Inca Garcilaso y por la impronta de las *Tradiciones* de Palma. Creo que estos autores agotaron todo lo que España podía ofrecer a la nueva sensibilidad que se gestaba en las tierras conquistadas. Claro está que completa esta fotografía José Santos Chocano, autor a quien algunos críticos menoscaban injustamente sus méritos, y que su afin-

camiento en la retórica hispanizante, como lo afirma Emilio Adolfo Westphalen, no le permitió modernizarse: perdió el ritmo de los cambios estéticos y por lo tanto, quedó a la zaga de las rutas de la nueva literatura peruana. Estimamos que cumplió dignamente su rol de autor que da fin a toda una estirpe de escritores, y que incluso Mario Vargas Llosa (en sus inicios como crítico literario) reconoce en él al autor que impuso en Hispanoamérica el respeto profesional para al oficio de escribir.

Un tratadista posterior a Riva-Agüero, José Gálvez, en su tesis doctoral de 1915, *Posibilidad de una genuina literatura nacional (El peruanismo literario)*, incluirá en su apreciación la literatura española como base para la nuestra. Gálvez es partidario de reconocer la lengua castellana como instrumento legítimo para este propósito. Y no erraba en esta dirección. En un libro imprescindible de la crítica peruana como es *Perfil y entraña de El caballero Carmelo*, su autor, Armando Zubizarreta, esboza la tesis de que este planteamiento de Gálvez debió estar inspirado en la narrativa de Abraham Valdelomar, cuyo cuento que da título a su investigación es a todas luces un símbolo de la hispanidad. Como sabemos, la prosa de Valdelomar revitaliza el lenguaje literario peruano de comienzos de siglo, dando origen a una revalorización del mundo rural. ¡Ese mundo rural tan bien retratado por los clásicos españoles!

La segunda etapa está representada por la irrupción del indigenismo. Irrupción que, por preservar lo autóctono, colisionó con la herencia hispánica. La lengua castellana fue considerada operadora de la expoliación que sufrieron nuestras poblaciones a lo largo de la imposición hispánica. Cuando Mariátegui sostiene, por ejemplo, que Riva-Agüero simboliza a los encomenderos, no hace sino graficar elocuentemente lo que los indigenistas pensaban al respecto.

El indigenismo fue también otra oportunidad que tuvimos para separar el oro de la ganga. Mariátegui sentencia que sólo existirá una verdadera literatura de los indígenas cuando ellos la puedan escribir en su propia lengua. Muchos piensan que esa lengua es el quechua, o el aimara para la población del Altiplano, o las diversas lenguas amazónicas. ¿Qué efecto ha tenido esta profecía del Amauta? Lo cierto es que muchos indígenas han escrito en su lengua, pero en su lengua literaria. No es lo mismo que la lengua aborígen que muchas veces usan en su vida diaria, sino la lengua que puede abrirse

a otros mundos, a otras sensibilidades, a otros códigos. No es abjurar de la lengua materna. No es un suicidio cultural como algunos piensan. El escritor tiene todo el derecho de elegir su instrumento de comunicación social. ¿Con esta decisión se traiciona el mundo cultural al que uno pertenece? ¿Es, como dice Alberto Escobar respecto de Arguedas, el caso de una lengua utópica?

La crítica que surge a partir de esta eclosión cultural (como se sabe, el indigenismo tiñe todas las manifestaciones culturales de la época) es muchas veces paranoica. Se piensa restituir la lengua quechua de manera total. Volver a la etapa de nuestros ancestros. Un fundamentalismo explicable por el resurgimiento del espíritu nacional, de las conquistas sociales, etc. La vuelta a la otra margen del espectro histórico-social. Esto no es posible en términos prácticos. Es una actitud que muchas veces no contempla sino las voces de protesta justas pero sin un programa orgánico. En un ensayo esclarecedor, *Discursos del indigenismo 2* (1997), Mirko Lauer analiza y discute este fenómeno y ofrece una imagen objetiva del hecho. El indigenismo surge para poner en claro que el país es andino, que sus raíces deben seguir creciendo, que no hay que cercenar la imaginación popular, etc. Una auténtica reivindicación de los restos de las culturas inca y preíncas. La visión que se tiene es a todas luces política, de corto plazo aunque se la exhiba como una solución milenarista. Indudablemente, el Estado peruano estaba interesado en una modernización que tenía que arrasar con parte del mundo ancestral. La reacción no se hace esperar y surge el indigenismo que, repetimos, atraviesa toda la vida nacional.

En esta etapa, debemos señalar el caso singular de César Vallejo, quien en los albores de esta polémica se gradúa en Trujillo, en 1915, con su tesis *El Romanticismo en la poesía castellana*, donde da cuenta de un interés inusitado por la literatura española, interés que se convertirá en huella indeleble en su poética personal.

Después, la literatura española sufre un receso en su aceptación masiva. Nuevos autores, nuevas vetas de la realidad se logran insertar en el imaginario nacional. La lengua literaria castellana sufre una mutación notable: sirve a los dos mundos con igual eficacia. Puede escribirse pensando tanto en la tradición hispánica como en la andina.

Los estudios de la literatura española reaparecerán luego de que baje la marea indigenista, y como una sana reacción. Pues, en pleno auge, las revistas *Variedades*, *Mundial* y *Mercurio Peruano* ofrecían información y textos de autores españoles contemporáneos, como también de otras épocas. No eran publicaciones que se enfrentaran a la corriente en boga, porque no había motivo alguno. Incluso muchos de sus ideólogos colaboraban en sus páginas. No era una pelea callejera sino un intercambio cordial de ideas y puntos de vista, como lo fue el sonado caso que se denominó "La polémica del indigenismo" que lideraron José Carlos Mariátegui y Luis Alberto Sánchez y se inició a raíz del artículo "Psicología del indio" de Enrique López Albújar. La polémica fue un fuego cruzado y civilizado de ideas opuestas, pero sin herir susceptibilidades. La polémica era un espacio que todos respetaban y en el que nadie usaba armas vedadas.

También se puede ilustrar con el caso de Víctor Andrés Belaunde, quien en su revista *Mercurio Peruano* comentó polémicamente los *Siete ensayos* de Mariátegui, pero con altura y respeto a la inteligencia del Amauta. El mismo Mariátegui agradeció la crítica, a pesar de ser hombres ideológicamente opuestos. Calidad humana que hemos perdido definitivamente en el debate actual de ideas.

Los rastros de la crítica sobre literatura española aparecen con el trabajo pionero en la crítica textual de José Jiménez Borja. El desaparecido lingüista sanmarquino se graduó con una tesis sobre Góngora, autor redescubierto por la Generación del 27. Esta tesis incluye, además de una interpretación de las *Soledades*, una tentativa de presentar este texto de Góngora en prosa para su mejor comprensión por el gran público. Es conocido el ostracismo del cual fue víctima Góngora por ser catalogado oscuro y difícil. La Generación del 27, de poetas todos, se rebela contra este juicio nefasto. Góngora no es oscuro, son oscuros quienes lo leen. Con esta actitud se recupera al "príncipe de la poesía española". A pesar de ser un intento de gran valía, el trabajo realizado por nuestro lingüista fue superado por la versión que preparó el gran lingüista español Dámaso Alonso (quien a fines de la década de 1920 era ya destacado poeta). También debe mencionarse el caso de un ensayo de edición crítica de la novela picaresca *El lazarillo de Tormes* debida a Luis Jaime Cisneros, cuando era estudiante del Instituto de Filología de Buenos Aires.

Los trabajos pioneros de Jiménez Borja y Luis Jaime Cisneros son realmente un paso adelante en los estudios críticos sobre la literatura española en nuestro medio. Luego vendrán otros autores, con formación académica diversa, que ofrecerán piezas de crítica relevante. En la nueva etapa se mostrará rigor, conocimiento y juicio, como lo exhiben los trabajos creativos y críticos de la Generación del 50. Mencionemos los casos de los poetas Carlos Germán Belli y Washington Delgado, así como los de los críticos Abelardo Oquendo, José Miguel Oviedo, José Luis Rivarola, Luis Hernán Ramírez y Antonio Cornejo Polar, entre otros.

A las nuevas generaciones no les atrae la poesía española de los últimos años, por ejemplo. El circuito se cierra al menos en la Generación del 27. La narrativa es aceptada en mejor forma. Los lectores se entusiasman por otras tradiciones.

No podemos decir por esto que a la literatura española no se le presta atención. Los programas de estudios escolares incluyen el estudio de autores y obras clásicos. En las universidades se la estudia en las facultades de educación. En cinco universidades (cuatro nacionales y una privada) existe la especialidad de literatura, por lo tanto, se dedica en ellas parte de la formación académica a la investigación en las letras hispánicas.